

ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

ELOGIO

Por D. Francisco Pí y Margall.

Fuiste la reina de las naciones, fuiste la luz del mundo. La ciencia tuvo en tí su templo; el arte, su logia; la industria, su taller; la poesía, su palenque. No sólo los pueblos que adoraban al Profeta, la Italia, hasta la Grecia, te cedieron en tributo sus más grandes sabios. Los más bellos monumentos de Europa estaban dentro de tu recinto; las mejores calzadas conducían a tus soberbios muros; los más vistosos campos se extendían a tus pies como una alfombra. Huertas deleitosas, jardines encantadores matizaban la sierra donde estás sentada; bullían donde quiera entre los pomposos ramajes de tus árboles aguas cristalinas bajadas de lo alto de los cerros, extraídas de las más hondas concavidades de la tierra. El Guadalquivir te traía aún en alas de sus ligeros buques los frutos de la feraz Sevilla; las opulentas regiones del Tarteso te regalaban aún el oro de sus fecundas minas. Una nación entera estaba humillada a tus plantas y obedecía al menor de tus caprichos. Oía tu grito de guerra y se lanzaba como un león a la pelea; ordenabas la paz, y volvía al cinto su formidable espada. Ese mismo Almanzor, cuya imaginación embargaba sin cesar sus expediciones militares, apenas sabía guardar para otra que para tí los laureles que recogía entre la polvareda del combate: te acariciaba al volver de sus audaces correrías como un cazador a su perro de caza, como un soldado a su corcel de guerra.

.....

El viajero que recorra por primera vez la ciudad de Córdoba y desee apreciarla en conjunto apenas puede hacer más que ir siguiendo sus murallas, cercadas aún de gigantescos torreones almenados, entre los cuales se ocultan estrechas puertas defendidas por recias barbacanas. Alzase junto a ellas, en el interior, la vasta Mezquita de Abd-el-Rhaman, a cuya espalda abre un San Rafael sus alas de oro sobre un monumento de bruñidos y exquisitos jaspes; corren en el

exterior las aguas del Guadalquivir bajo el famoso puente reedificado por Heschem, a que sirven de apoyo el castillo de la Calahorra y la puerta de Sevilla (1); descuellan lejos de aquí, sobre el mismo adarve, las macisas torres del alcázar de Alfonso XI, edificado en 1328, al pie de las ruinas de otro palacio de que no existen sino tristes restos y fúnebres memorias. Las frondosas y extensas alamedas del campo de la Victoria extienden algo más las sombras de sus ramajes sobre gran parte de sus negros y elevados cubos; la torre de la Mal-Muerta, construída a fines del siglo xv, cubre otras más allá con el misterioso velo de la tradición y la poesía.

Crecen a espaldas de esta torre vastas y deleitosas huertas, cuyos cuadros matizados de flores verdean agradablemente bajo la sombra de árboles frutales; extiéndese tras estas huertas la Arrizafa, el ameno verjel en que suponen que lloró Abd-el-Rhamán I, recordando a la vista de una palmera el suelo de su patria. Conserva ya este lugar escasos vestigios de lo que ha sido un día, mas no deja de tener aún interés, ora se atienda a su pintoresca posición en una de las vertientes de la Sierra, ora al realce que le dan las frondosas arboledas de los cerros de cuyo fondo se destaca, ora al espectáculo que desde allí presenta la ciudad, cuando el sol no ha logrado disipar aún la neblina en que está ligeramente envuelta, ora a las ideas que inspira la memoria de haber sido enterramiento, ora por fin a que corren debajo de ella, entre paredes de estalactitas, aguas puras y cristalinas que brotan gota a gota del seno de las peñas. Detrás de la Arrizafa corren a lo largo las faldas de la Sierra, coronada de pinos; allá en las faldas mismas blanquea entre los bosques una que otra ermita: ¡ah!, el corazón se ensancha al ver tanta belleza, al contemplar tan deliciosa soledad, tan dulce calma. El arroyo de las Piedras, que corre por un áspero cauce entre orillas cubiertas de lozanos o fecundísimos olivos; la tranquila Fuen-Santa, pequeña capilla que aiza sus modestos muros en medio del más seductor paisaje; la vista del imponente Guadalquivir, que se desliza majestuoso al pie de la ciudad, besando sus murallas; una que otra escena campestre acaban de embellecer sus alrededores, donde pueden a cada paso esparcirse los sentidos, descubriendo, entre lejanos montes, pueblos y castillos en cuyas coronas de almenas están incrustados los recuerdos de diez siglos.

Desde cada altillo puede uno considerar en conjunto la ciudad, puede verla levantando al cielo las torres de su baluartes y sus templos, los álamos de sus paseos y sus patios, los desiguales techos de sus casas, sobre los cuales cree uno distinguir en pie las sombras de

(1) Así en el texto.

sus antiguas héroes. Descúbrese principalmente la ciudad desde algo más allá del castillo de la Calahorra, a la otra parte del Guadalquivir, a corta distancia de su árida ribera. ¡Qué bello conjunto el que desde allí se ofrece! Figura en primer término la parte posterior del castillo; más allá el puente, al fin del puente la severa puerta de Sevilla, atribuída a Juan de Herrera; a la derecha de la puerta el ábside de la gran Mezquita, a la izquierda el palacio episcopal y el Triunfo; en el fondo la Sierra, a nuestros pies el río rugiendo entre las ruedas de un molino árabe: no puede darse ya en Córdoba un grupo que más imponga, ni una vista que más cautive.

De *España-Córdoba*, por D. Pedro de Madrazo. Fragmento del capítulo I, trazado por la pluma de D. Francisco Pí y Margall.

A CORDOBA

De Francisco Jiménez Campaña

Salud, ciudad cristiana,
con galas y atavíos,
y broches de diamantes
y pórticos sombríos
y camarines áureos
de una odalisca real;
salud, ciudad creyente,
con gérmenes y bríos
para las luchas noble,
para rendir el mal.

Tus árboles frondosos
son veste de esmeraldas,
que cuelga de tus hombros
y cubre tus espaldas;
tu cielo es cielo alegre
de nácar y zafir;
tus huertas te entrelazan
con rosas las guirnaldas,
porque te mire y cante
galán Guadalquivir.

Tu fe es la luz del alba
que anuncia siempre al día,



más clara a cada hora,
 más rica de alegría,
 que hiere dando sonos
 al pájaro cañtor,
 para que entone místico
 la dulce algarabía,
 la de las notas rítmicas
 que agradan al Señor.

En vano Leovigildo,
 despótico tirano,
 con real apresto bélico,
 con ímpetu inhumano,
 viene a apagar la llama
 de tu perenne fe,
 y rompe tus alcázares
 y vierte sangre en vano;
 porque tu fe es tan grande
 cuanto el estrago fué.

En vano de palacios,
 pensiles y arrayanes
 te cercan lujuriosos
 los cinco Abderramanes,
 y entonan sus *ravvies*
 la sensual canción,
 y con edén te brindan
 de lúbricos afanes,
 porque palpita impúdico
 tu noble corazón.

Porque de sacras vírgenes
 la célica milicia,
 que no quiere otra vida
 ni quiere otra delicia
 que amar a Jesucristo,
 vendrá en pos de la luz,



y verterán su sangre
Columba y Leocricia,
porque los vicios mueran
y triunfe ya la Cruz.

¿Qué quieren esas huestes
inermes de cristianos,
que elevan a los cielos
las inocentes manos,
mientras sus labios rezan
la plácida oración,
sin que les pongan miedo
verdugos ni tiranos,
que ya su muerte anuncian
con fúnebre pregón?

Son Juan, Perfecto, Adolfo,
Rogelio, Isaac, Emilia,
en quienes la fe ardiente
ni tiembla ni vacila,
seguidos de más número
que arenas tiene el mar,
que con su sangre vienen
en ondulante fila
el torpe sensualismo
del árabe a extirpar.

Califas cordobeses
que levantáis la Aljama
sobre el cristiano templo
donde a Jesús se ama,
tornad en río de perlas
el fiel Guadalquivir,
traed los alarifes
y artistas de más fama,
y mármoles y jaspes
del más vario lucir.

Que vengan de los bosques

del Africa frondosos
el ébano y el cedro
más finos y olorosos;
cortad al elefante
sus dientes de marfil,
y navegad los mares
más anchos y espumosos
para encontrar las conchas
del nácar más gentil.

Soñad sueños de Oriente,
trazad del arte asirio
las líneas más extrañas;
que sientan el martirio
las ágatas y pórfidos
de artístico cincel,
y el alminar se eleve
y se abra como un lirio,
sirviendo a Alá en las nubes
de incienso y escabel.

Y luego las columnas
de ignotos capiteles
sostengan en sus hombros,
como de esclavos fieles,
los arcos como el iris
de múltiple color,
y mil ingentes lámparas,
de llamas de claveles,
alumbren y perfumen
el templo del amor.

Muftíes y creyentes,
caed allí de hinojos,
alзад en buena hora
fanáticos los ojos;
que ya la audaz enseña
del reino de la luz

tremola San Fernando,
rompiendo en mil enojos,
y hará de esa Mezquita
las andas de la Cruz.

Y cuando las fronteras
del reino castellano
mezquinas tús las veas;
al par que el Océano
Colón navegue, un mundo
buscando con afán,
allá en la Italia espléndida,
rugiendo el Garrellano,
nos contará los triunfos
del Grande Capitán.

Y, en fin, cuando tus fuentes
se tornen ríos fieros,
y el río de mar bravo
tome los anchos fueros,
e inunde de tus vegas
el último confín,
y en mano de tus hijos
reluzcan los aceros
y arruguen su semblante
con sombras de Caín;
cuando el ocaso triste
te mande negras brumas
y penas más amargas
que el mar con sus espumas,
y en erial se tornen
los campos y el verjel,
dará al viento sus alas
de rumorosas plumas,
para enjugar tus lágrimas,
el ángel Rafael.

A C O R D O B A

Desde la virgen tierra americana
en que antillano sol doró mi cuna,
hasta el seno me trajo la fortuna
de la espléndida corte mulsumana.

¡Cuántas veces llegóme la mañana
del dulce embrujo en la ciudad moruna,
y cuántas noches me alumbró su luna,
cordobesa gentil, en tu ventana!

¡Oh Córdoba sin par!, ¡oh quien volviera
de nuevo a ver los mágicos pensiles
que circundan los cerros de tu Ermita...

tus murallas, tu Potro y tu Ribera,
tus cien torres de artísticos perfiles,
tu Custodio, tu Puente y tu Mezquita!

ANTONIO MORILLA DE LA TORRE.

